

Élisabeth Badinter

LAS PASIONES INTELECTUALES

II. EXIGENCIA DE DIGNIDAD (1751-1762)

Introducción

El deseo de gloria está lejos de extinguirse. El reconocimiento de los pares y el aplauso del público son recompensas de las que nadie se cansa. Pero esa pasión, exacerbada a mitad del siglo XVIII por el nacimiento de la opinión pública, se enfrenta con otras, antiguas o nuevas. Entre las primeras, la envidia de los rivales, siempre dispuestos a mitigar la satisfacción de un éxito. Efímera, algunas veces amarga, la gloria del intelectual debe ser reconquistada sin cesar. Y esa reconquista es cada vez más difícil. Sus pares lo acechan y el público gusta de destruir aquello que alguna vez adoró. Hace falta tener el genio y el carácter de Voltaire para imponerse a todos durante seis decenios.

En el verano de 1751, D'Alembert goza de esa gloria tan ardientemente deseada. Codirector de la *Enciclopedia* y científico admirado por toda la Europa pensante, encarna la generación de intelectuales nacidos después de la muerte de Luis XIV, generación que preconiza otros valores y que aspira a un nuevo estatuto. En el pasado, Versalles era el centro del mundo de las letras. El "Rey-Sol" dispensaba reputación y pensiones según su voluntad arbitraria, a cambio de obediencia a sus reglas y alabanzas a su persona. Había inaugurado un sutil sistema de dependencia que muy pronto sería imitado por la alta nobleza y que gran parte de los hombres de letras aprobaba en mayor o menor medida. Aun cuando Luis XV no atribuye la misma importancia al mundo literario que su bisabuelo, y aun cuando París poco a poco fue tomando el lugar de Versalles, el escritor, que a menudo era pobre, sueña todavía con un mecenas que lo invite a su mesa y le ofrezca una renta y protección a cambio de dedicatorias en su honor. Ese sistema se integró a las costumbres cuando la generación de los enciclopedistas irrumpe en la escena pública.

Rousseau, Diderot, D'Alembert y los demás no son ricos, pero ignoran a la corte, sus beneficios y sus obligaciones. Pretenden escribir tan libremente como la censura lo permita, que vela por el escrupuloso respeto de los dos grandes poderes: la Iglesia y el Estado monárquico.

Pero ¿cómo desempeñar el oficio de filósofo cuando se está expuesto a una continua vigilancia? ¿Cómo tomarse libertades con los dogmas religiosos y políticos cuando se corre el riesgo de ser encarcelado en la Bastilla? El éxito de la *Enciclopedia*, a partir de 1751, se debe en gran medida al hecho de que sus colaboradores se permiten cierta independencia de espíritu con respecto al yugo del pensamiento dominante. Libertad de corta duración, como lo mostrará el retorno de los bastones en 1752 y 1759.

Las dos crisis que atraviesa la *Enciclopedia* generan en D'Alembert una profunda rebelión, seguida de una toma de conciencia. No alcanza con guardar las distancias con respecto a los poderosos para evitar una dependencia humillante; es preciso además rehusarse a someter el pensamiento propio a cualquier clase de imposición. "*Libertad, verdad, pobreza* -declara D'Alembert- son las tres palabras que la gente de letras siempre debería tener presente". Ese austero tríptico es la expresión de un nuevo orgullo del intelectual, nuevo orgullo que también podría denominarse *exigencia de dignidad*. ¿De qué sirven la gloria, los títulos o la riqueza, si se pagan con el compromiso y la dependencia?

La dignidad, entendida como "respeto de sí", "sentido del honor", "orgullo de la propia condición", es un ideal difícil de poner en práctica. Puede convertirse muy fácilmente en amor propio desconfiado u ostentoso. Algo sabe D'Alembert al respecto, pues ante la menor crítica amenaza con retirarse al Aventin, y suele dispensar a los demás lecciones que a él mismo le resultan dificultosas de seguir. Cuando sin cesar se invoca el respeto de sí, es preciso además respetar al otro y no ser sorprendido en flagrante delito de envidia, mezquindad o mala fe. En suma, la exigencia de dignidad no es únicamente una reivindicación social y psicológica, es también una virtud moral. Cuando se la predica tan abiertamente como lo hacen un D'Alembert o un Rousseau, cualquier infracción a la ley tiene un costo mayor que para otros. Ahora bien, nunca falta la tentación de confundir dignidad con dignidades, honor con honores... No hay perdón alguno para aquellos que dan lecciones pero ceden ante la debilidad.

A decir verdad, los tres requisitos para la dignidad del intelectual parecen ser casi imposibles de cumplir en una sociedad tan centralizada y autoritaria como la del siglo XVIII. Rousseau, que vive de sus copias de música, fue quizá aquel que más cerca estuvo de cumplirlos al rechazar obstinadamente toda concesión a aquello que pudiera poner en riesgo su libertad. Pero debió pagar un precio exorbitante, tal como lo demuestra el abandono de sus cinco hijos. El rico Voltaire fue condenado al exilio durante 24 años por ser un hombre libre, y la gran mayoría debió renunciar a una parte de sus pretensiones en casi todos los frentes. ¡Necesidad obliga!

Aunque los filósofos en su conjunto asignaron una gran importancia a la defensa de su honor como intelectuales, y se esforzaron por no ceder al deseo de reconocimiento social a cualquier precio, el fin de la década de 1750 fue para ellos una ruda prueba. En aquella oportunidad estuvieron a punto de perder su buena reputación. Sus adversarios se aliaron y supieron explotar todos sus errores y debilidades. Las rivalidades y las ambiciones personales parecen haber vencido a ese “partido de los filósofos” que D’Alembert y Voltaire tanto deseaban.

En verdad, los “filósofos” cayeron en la trampa de la polisemia del lenguaje. Singular o plural, profesional o personal, el término “dignidad” abarca tanto la esfera social como la moral. Lo mismo ocurre con el término “filósofo”, que según las épocas designa ya al sabio, ya al hombre de ciencia. Los enciclopedistas privilegiaron al segundo antes que al primero, a la verdad antes que a la virtud. Mientras que para ellos la dignidad intelectual se confunde con la independencia de espíritu, sus enemigos no cesarán de oponerles el punto de vista moral ni de subrayar las contradicciones entre el hombre privado y el intelectual, hasta el punto de esbozar un deplorable retrato, poco conforme a la imagen del filósofo.

El inesperado acontecimiento del caso Calas permitirá la reconciliación pública del sabio y el hombre de ciencia. Luchando como nadie por la verdad y la justicia, Voltaire otorga al personaje del filósofo un brillo y un prestigio raramente alcanzados hasta entonces. El combate de uno solo beneficia a todos y otorga un contenido moral excepcional a un accionar filosófico que no excluye la ambición personal.

)))

Primera parte

La exigencia de dignidad (1751-1753)

I. El aparente contraste entre París y Berlín (verano de 1751 - febrero de 1752) (fragmento)

En 1751, la vida intelectual francesa se reparte -de manera muy desigual- entre París y Berlín. Desde su llegada al trono en 1740, Federico II multiplicó las atractivas propuestas para científicos y

hombres de letras franceses. Contrariamente a Luis XV, el rey de Prusia conoce los beneficios que un monarca puede obtener de un areópago de intelectuales satisfechos y, por ende, complacientes. Ateo, anticlericalista visceral, él mismo hombre de letras, encantador cuando se lo propone, Federico tiene armas para seducir a muchos de los que no están conformes con la suerte que corren en París, a quienes van en busca de dinero, de honores o de libertad. Aun cuando hasta ese momento sólo haya recibido a ignotos personajes de segunda línea de la escena francesa, en ese verano de 1751 puede jactarse de haber reclutado a dos de nuestras más prestigiosas glorias: al erudito Maupertuis y al universal Voltaire. Al primero, lo nombra presidente de su Academia y le asigna la misión de hacerla renacer de sus cenizas. Al segundo, lo convierte en “su maestro en elocuencia y en saber”¹ - Voltaire prefiere decir “su gramático”-² y espera que lo divierta. Desea que estas dos celebridades sean polos de atracción que permitan transformar a Esparta en Atenas, y que ensalcen a su anfitrión. Ni Maupertuis ni Voltaire dejarán de cumplir con ese deseo, al menos durante los primeros tiempos de su estadía en Prusia. Sea como fuere, Berlín sigue siendo una segunda opción. Lo más habitual es que las personas se instalen allí por despecho o por necesidad: Maupertuis, en 1744, para vengarse de las mezquindades de sus colegas de la Academia de Ciencias; el médico filósofo La Mettrie, en 1748, para sustraerse a las persecuciones de los holandeses causadas por la publicación de su obra materialista *El hombre-máquina*; el poeta Baculard d’Arnaud, en 1750, y el escritor La Beaumelle, en 1751, con la esperanza de obtener una gloria y una fortuna que no lograban conquistar en París o en Dinamarca. Y si el gran Voltaire no respondió a la insistente invitación del monarca prusiano hasta 1751, fue porque Versalles no hizo ningún gesto para retenerlo en Francia. Contrariamente a las halagadoras predicciones de Federico, se vio obligado a constatar que no era ese “elefante blanco por el cual el emperador de Persia y el Gran Mogol van a la guerra”.³ Aun cuando le haya dado el puesto de historiógrafo y un cargo de gentilhombre de cámara, el altivo rey de Francia no lo quería. Prefería la compañía del mediocre Moncrif y el teatro de su eterno rival, Crébillon. ¿Cómo seguir resistiendo a los incesantes halagos del rey de Prusia, que le prometía el oro y el moro si aceptaba establecerse junto a él? La vanidad fue más fuerte: sin entusiasmo, e incluso contra su voluntad, Voltaire se va

¹ Carta de Voltaire a madame Denis del 28 de octubre de 1750. Best. D 4251.

² Carta de Federico a Voltaire del 23 de agosto de 1750. Best. D 4195. Vuelta a fechar el 28 de agosto de 1750 por André Magnan, “Dossier Voltaire en Prusse (1750-1753)”, en *Studies on Voltaire*, núm. 244, 1986.

³ Carta de Federico a Voltaire del 4 de septiembre de 1739. Best. D 4011.

de París, deja a sus amigos y a su amante, y en junio de 1750 se dirige hacia el palacio de "Alcine-Federico".

No obstante, Federico no sólo tiene dinero y honores para ofrecer a los hombres de letras franceses. Les garantiza además una libertad tanto más preciosa ya que en Francia resulta desconocida: la libertad de pensar y de escribir. El rey filósofo siempre consideró que proteger a los escritores perseguidos por la Iglesia y por la clerecía era una cuestión de honor. Bajo su reinado, en 1751, no había libros prohibidos ni quemados, y ninguna amenaza pesaba sobre sus autores; todo filósofo, aunque se tratase del más auténticamente ateo, como La Mettrie, era libre de expresar sus ideas sin temor a pasar la noche en la cárcel. Inapreciable libertad para todos los que, en Francia, se vieron obligados a disfrazar o reprimir sus ideas. Erradicando las horcas caudinas de una censura oficial, Federico le da a Prusia un aire de extraordinaria libertad, y brinda a los intelectuales la posibilidad de ejercer dignamente su oficio. Al menos ésa es la imagen de su persona y de su país que pretende transmitir.

TIBIEZAS PARISINAS (VERANO-OTOÑO DE 1751)

Desde principios del verano, un ligero viento de renovación sopla sobre la capital francesa. Esto comienza a percibirse con la ruidosa publicidad hecha en torno al primer volumen de la *Enciclopedia*, pero, para un observador atento, este clima se venía anunciando desde hacía dos o tres años. En 15 años, la escena intelectual parisina se transformó considerablemente. Los intereses, las ideas, los lugares y los hombres dejaron paso a otros. Quizá lo más llamativo sea ese sentimiento de alegría propio de la juventud conquistadora cuando echa por tierra a los ídolos del pasado. Con una audacia y una crueldad no reconocida como tal, la nueva generación deja de lado a quienes no se suman a su causa. El procedimiento no es novedoso, pero esta vez se ejerce con una brutalidad y una irreverencia que sí lo son. La conquista del poder es tanto más deliciosa cuanto que es fulminante y deja, por un tiempo, aniquilado al enemigo. En ese breve instante de embriaguez, todo parece estar permitido, y nadie es consciente de los odios irreversibles que la envidia puede suscitar, ni tampoco de que ellos mismos motivan el retorno de la violencia.

Por el momento, el mundo intelectual parisiense no habla más que del éxito de los enciclopedistas, de las idas y venidas de unos y otros, de la aparición de nuevos talentos y, sobre todo en los salones, del matrimonio de un filósofo enamorado.

El filósofo casado

Con toda seguridad, Helvétius está enamorado desde hace varios años. El objeto de su amor es una joven sin un peso, procedente de la antigua nobleza de Lorena, Anne-Catherine de Ligniville. Si bien en 1751 aún no ha publicado nada, lo llaman “filósofo” porque frecuenta salones en los que se habla de filosofía y de literatura. Íntimo amigo de Marivaux, Duclos y Saurin, este hijo de un médico del rey trabó desde un principio amistad con Voltaire, Buffon, el abate Le Blanc, Montesquieu, Nivelles de la Chaussée, Baculard d’Arnaud y otros. Entre sus giras como recaudador de impuestos, Helvétius frecuenta los salones parisienses de madame de Geoffrin, de la marquesa de Créqui, de la condesa de Rochefort, y las aún más divertidas cenas de mademoiselle Quinault. Allí conoció, en abril de 1744, a madame de Graffigny, que un tiempo después le presentaría a mademoiselle de Ligniville, llamada Minette, a quien tenía a su cargo.

No cabe duda de que el encantador Helvétius sedujo de inmediato a la que, una vez casados, llamará “mamita linda” -sin mala intención, por supuesto-. Veinte años mayor que él,⁴ madame de Graffigny se siente cautivada por su espíritu. Tras escucharlo leer su poema *Bonheur*, escribe a su confidente Devaux: “Nada de lo que he escuchado hasta ahora merece tanto el nombre de ‘poesía’; ni autor alguno, el nombre de genio. Mucho más contundente, enérgico y correcto que Voltaire...”.⁵ Algunos meses más tarde, le habla de un libro de metafísica que desea publicar pronto. Madame de Graffigny dice tener “el alma en éxtasis”, y concluye solemnemente: “El gran Locke, ese hombre al que hasta aquí he admirado de manera exclusiva, siempre será grande, pero lo será por haber indicado lo que el Genio debía decir”.⁶ Según ella, nadie le llega siquiera a los tobillos: “Comparados con él, no son más que limpiabotas”.⁷

No bien Minette se instala en su casa parisina, madame de Graffigny se propone casarla con el Genio. Minette soñaba con un hombre amable, mayor que ella, que la amara apasionadamente y tuviera 1000

⁴ Madame de Graffigny, hija de un oficial del duque de Lorena, había nacido en 1695. Jean Claude-Adrien Helvétius, hijo del célebre médico de Luis XV, vino al mundo en 1715.

⁵ Carta de madame de Graffigny a Devaux del 28 de abril de 1744. *Correspondance de Mme. de Graffigny*, ed. de J.-A. Dainard et al., Oxford, The Voltaire Foundation, 1997, vol. v, p. 230. A continuación se usará la notación “Dainard” seguida del volumen, de la página y de la fecha.

⁶ Carta de madame de Graffigny a Devaux del 13 de diciembre de 1744. *Correspondance de Mme. de Graffigny*, op. cit., 2000, vol. vi, p. 98. El libro en cuestión probablemente sea *De l’esprit*, el cual no se publicará hasta 1758.

⁷ Carta de madame de Graffigny a Devaux del 11 de diciembre de 1744. *Ibid.*, 2000, vol. vi, p. 96.

libras de renta y un campo encantador.⁸ Helvétius posee todo eso, y mucho más. Riquísimo, siete años mayor que ella, tiene además un físico muy agradable. Según madame Suard, “no era muy alto, pero estaba muy bien formado. Su figura era a la vez bella y encantadora por la expresión de su bondadosa mirada y por su amable benevolencia”.⁹ Para decirlo en términos más simples, Helvétius es un hombre seductor que tiene éxito con las damas. Como era de prever, Minette se enamoró del Genio, y éste, de la joven. No obstante, transcurrieron no menos de tres años y medio, entre negociaciones y presiones de toda clase por parte de madame de Graffigny, hasta que al fin ésta pudo convencer a Helvétius de que hiciera el pedido de matrimonio. El obstáculo mayor que paralizaba a nuestro hombre no era tanto la carga de recaudador - de la que deseaba librarse- o la absoluta pobreza de la prometida sino el temor a quedar en ridículo. Ser un filósofo enamorado vaya y pase, pero la condición de “filósofo casado”¹⁰ no podía sino suscitar las burlas de sus amigos y el sarcasmo del público.

Helvétius no es el primero en intentar el gran salto. Un año antes, en febrero de 1750, el barón D’Holbach se había casado con la mayor de sus primas, a quien amaba tiernamente. Pero lo cierto es que el barón era un alemán recientemente naturalizado francés,¹¹ que por entonces se dedicaba más a la mineralogía que a la filosofía, y que aún no tenía en los salones parisienses el lugar de un Helvétius. Cuando este último decide al fin franquear el obstáculo, se lo confiesa a sus amigas en estos términos elocuentes: “Soy el filósofo casado. Si ustedes supieran cuánto me cuesta esta confesión y cuán avergonzado me siento, sabrían disculpar esta tontería, pues aún me queda suficiente razón para sentir que el matrimonio es una locura. A pesar de mi amistad por mademoiselle de Ligniville, siento algunos remordimientos”.¹² El matrimonio se celebró el 17 de agosto, casi en la intimidad, en presencia de los padres y de algunos íntimos del marido, tales como Duclos y, por supuesto, madame de Graffigny, que no oculta su alivio. Dos semanas después, mientras pasaba la luna de miel en su campo de Voré, Helvétius cambia el tono. Ante su amigo el abate Guasco reconoce nuevamente que ha pecado contra la filosofía, pero añade:

⁸ Carta de A. C. de Ligniville a madame de Graffigny del 22 de febrero de 1746. *Correspondance générale d’Helvétius*, ed. de P. Allan *et al.*, vol. I, núm. 93, University of Toronto Press, The Voltaire Foundation, 1981.

⁹ Amélie Suard, *Essais de mémoires sur M. Suard*, París, Pierre Didot, 1820, p. 46.

¹⁰ Título de la obra de Destouches (1727) que seguía teniendo mucho éxito en 1751. El héroe, Ariste, tenía, según mademoiselle de Ligniville, más de un punto en común con Helvétius.

¹¹ En agosto de 1749.

¹² Carta a la condesa de Rochefort del 19 de julio de 1751. *Correspondance générale d’Helvétius*, vol. I, núm. 171, *op. cit.* Helvétius le escribió ese mismo día y en los mismos términos a la marquesa de Créqui.

“Es una tontería del amor, de la que no puedo arrepentirme”.¹³ Algún tiempo después, ya no menciona remordimientos ni vergüenza alguna. Helvétius escribe a su mujer que la “ama con locura”, y se sorprende de que, siendo “marido”, aún le hable como “amante”.¹⁴

El señor y la señora Helvétius estuvieron cada día más enamorados y fueron profundamente solidarios hasta que la muerte del primero los separó en 1771. En mayor medida que el ejemplo de la pareja D’Holbach,¹⁵ el de la pareja Helvétius puso fin a la caricatura del *filósofo casado*. Por raro que resulte, este ejemplo probaba que era posible ser a la vez un esposo apasionado y un filósofo audaz. Es cierto, como constata el mismo Helvétius,¹⁶ que en aquella mitad de siglo las mentalidades estaban cambiando. Los filósofos, procedentes de la burguesía o próximos a ella, adoptan poco a poco sus valores y comportamientos. Sea como fuere, Helvétius es considerado un precursor por sus amigos escritores. Este acontecimiento, tan inesperado como superficial, es sin duda el más tierno de la temporada.

El éxito de los filósofos

Un éxito literario importante se mide en función del entusiasmo de la crítica y de la cantidad de lectores. Voltaire figura entre quienes han experimentado esa perfecta embriaguez. Por el contrario, una obra que revoluciona las ideas y las jerarquías establecidas no puede suscitar sino reacciones heteróclitas. Su éxito se mide en función del vigor de la polémica, que sólo puede existir si la adhesión comparte ese vigor con la oposición, y el amor, con el odio. Diderot y D’Alembert no eran tan ingenuos como para ignorarlo, sobre todo después del ataque del padre Berthier, motivado por el prospecto de la *Enciclopedia* durante el último invierno.¹⁷ Pese a todo, a principios del verano, sólo se hablaba de la repercusión del *Discurso preliminar* de D’Alembert.¹⁸ Muy pronto, se descubrirían los artículos de Dumarsais sobre la gramática, y otros, innovadores, referidos a las artes y los oficios, todos ellos firmados por

¹³ Carta de Helvétius al abate Guasco del 31 de agosto de 1751. *Ibid.*, núm. 178.

¹⁴ Carta de Helvétius a su mujer, s. f. *Ibid.*, núm. 186.

¹⁵ Viudo de Suzanne Daine en 1754, D’Holbach volvió a casarse con la hermana menor de ésta, Charlotte, en 1756. Conformaron una de las parejas más sólidas de la capital.

¹⁶ A madame Helvétius: “Ves que tu marido todavía te habla como amante: *he aquí un fruto verdaderamente nuevo para este siglo*”, carta s. f. *Correspondance générale d’Helvétius*, vol. I, núm. 186, *op. cit.* El énfasis me pertenece.

¹⁷ *Les passions intellectuelles*, París, Fayard, 1999, vol. I, pp. 436-439. A continuación, toda referencia a ese volumen se hará mediante las iniciales *PI*, I, seguidas del número de página [trad. esp.: *Las pasiones intelectuales. I. Deseos de gloria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

¹⁸ *Ibid.*, pp. 454-459.

Diderot,¹⁹ sin olvidar los artículos científicos particularmente cuidados. Los envidiosos no tardaron en manifestarse. Algunas cuartetas burlonas circulan por París desde fines de julio. M. de Bonneval,²⁰ que suele irritarse contra todos los libros exitosos, acaba de lanzar el siguiente epigrama:

He aquí la Enciclopedia;
¡Qué dicha para los ignorantes!
¡Cuántos falsos sabios engendrará
Esta docta rapsodia...!²¹

A principios de agosto, el *Journal* de D'Hémery se hace eco de un segundo epigrama en contra de los suscriptores de la *Enciclopedia*:

Yo soy un buen enciclopedista,
Conozco el bien y el mal,
Sigo los pasos de Diderot;
Sé de todo y no creo en nada.²²

Contrariamente a lo que escribe Raynal, todavía no se puede hablar de “violentas oposiciones”. Nada en ello excede las habituales reacciones del bajo mundo literario. La lista de suscriptores, en cambio, se amplió considerablemente: en lugar de los 1.625 ejemplares previstos, Le Breton debió imprimir 2.075. Más elocuente aún es la cantidad de nuevos colaboradores que ofrecen sus servicios, atraídos por el éxito del primer volumen. El más rápido y más conocido es Charles-Marie de La Condamine. Se hizo célebre por su viaje al Ecuador con Godin y Bouguer, y, desde su regreso en 1745, lleva adelante una guerra infatigable contra este último, a fin de dar a conocer la importancia de sus propios trabajos. Este hombre simpático y cálido, dotado de un entusiasmo y de una curiosidad sin límites, no esperó para tomar contacto con Diderot y poner a disposición de la gran obra su experiencia y sus conocimientos científicos.²³ El 31 de julio recibe a modo de respuesta estas palabras: “Acepto con mucho gusto los

¹⁹ Tales como “Acero”, “Agricultura”, “Aguja”, “Plata” o “Parto”.

²⁰ René de Bonneval (1700-1760) es el prototipo del escritor prolífico y envidioso que pasó su vida persiguiendo la fama y el éxito sin alcanzarlos jamás. Pertenece a la “bohemia literaria” descrita por Robert Darnton.

²¹ “Voici donc l'Encyclopédie;/ Quel bonheur pour les ignorants!/ Que cette docte rhapsodie/ Fera naître de faux savants...!” Guillaume-Thomas Raynal, *Nouvelles littéraires*, en *Correspondance littéraire, philosophique et critique*, por Grimm, Diderot, Raynal, Meister, etc., ed. de M. Tourneux, 16 vols. (1877-1882), reed. Kraus, Nendeln/Liechtenstein, 1968, vol. II, 1747-1755, p. 85.

²² “Je suis bon encyclopédiste,/ Je connais le mal et le bien,/ Je suis Diderot à la piste;/ Je connais tout et ne crois rien...” *Journal de la Librairie* de D'Hémery. BN, Ms. Fr. 22.156, f. 94, 29 de julio de 1751.

²³ *PI*, I, pp. 60-63.

ofrecimientos que usted me hace para el perfeccionamiento de nuestro diccionario. Tengo en mente, sobre todo, un artículo importante sobre el cual iré a consultarle con insistencia; se trata de la historia de las *Pirámides...*. Y, al final de la carta, Diderot agrega: “Todavía no tengo el artículo *Brújula* de M. Lemonnier. En cuanto él me lo envíe, iré a llevárselo personalmente, y a atestiguarle con cuánta estima y respeto tengo el honor...”.²⁴

Tan pronto como se ofreció, fue contratado. Diderot siente simpatía y admiración por el hombre valiente que ha perdido gran parte de su audición en el transcurso de la expedición. En cambio, el mismo La Condamine exaspera a su colega académico D’Alembert por su costado desordenado y diletante. Se interesa por todo, pero pasa de un tema a otro de una manera, por momentos, desorganizada. La prueba: el famoso artículo “Brújula” evocado por Diderot. Este último le hizo llegar el artículo redactado en gran parte por Lemonnier²⁵ para que lo releyesse y corrigiese, pero el nuevo enciclopedista lo extravió, y puso así en riesgo la puntualidad de la impresión del segundo volumen. El hecho enfureció a D’Alembert, que escribe a su editor: “M. de La Condamine [...] en lugar de enviármelo a mí [el artículo “Brújula”], lo envió a Saint-Germain por una torpeza muy habitual en él, lo cual me causó la mayor furia de mi vida. Lo dejo imaginarse el estado en que me hallaba”.²⁶ Los años pasarán, pero jamás mermará el fastidio causado en D’Alembert por aquel a quien denomina “la avispa inoportuna”.²⁷

Aun cuando la contribución de La Condamine había de ser modesta - se reduce a cuatro breves artículos-,²⁸ su espontánea adhesión a la *Enciclopedia* fue percibida como un signo positivo. A falta de la efectiva participación de los más grandes (Voltaire, Montesquieu o Buffon), que siguen haciéndose rogar, la del célebre viajero académico es un fuerte estímulo para los dos directores de la pesada empresa.

Otra colaboración espontánea: la del caballero de Jaucourt.²⁹ A los 27 años, este hijo de una honorable familia protestante vinculada a los Tronchin de Ginebra ya posee una inmensa cultura. Tras realizar

²⁴ *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie* (en adelante, *RDE*), núm. 11, octubre de 1991, p. 13.

²⁵ Louis-Guillaume Lemonnier (1717-1799), hermano menor de Pierre-Charles, era, como él, miembro de la Academia de Ciencias. El mayor, astrónomo matemático, había sido admitido en la Academia en 1736; el menor, médico y botánico, en 1743. Este último, nombrado médico del rey en Saint-Germain-en-Laye, donde pasaba la mayor parte de su tiempo, se interesaba por la electricidad y el magnetismo. Es autor de algunos artículos de la *Enciclopedia* dedicados a estos temas.

²⁶ Carta autógrafa de D’Alembert a Le Breton, s. f. [1751]. Catálogo Drouot, 19 y 20 de junio de 1996.

²⁷ Carta de D’Alembert a Voltaire del 9 de marzo [1761]. Best. D 9674.

²⁸ “Chirimoya”, “Corona”, “Guayana” y “Guayaquil”. Inspiró asimismo el notable artículo “Inoculación”.

²⁹ Septiembre de 1704-febrero de 1780.

brillantes estudios de medicina en Leyde bajo la dirección del maestro Boerhaave, el joven trabaja en una biografía de Leibniz y colabora desde el momento de su creación en el periódico de Ámsterdam, la *Bibliothèque raisonnée des savants de l'Europe*.³⁰ Gracias a esto, adquiere una formación filosófica y científica que, según su biógrafo, lo dota de “una erudición universal”.³¹ Después de algunas idas y venidas entre Holanda y Francia, el caballero, que acaba de perder en un naufragio el valioso manuscrito de un *Lexicon medicum universale*, fruto de veinte años de encarnizado trabajo, ofrece sus servicios a uno de los librerías de la *Enciclopedia*, David l'Aîné. Quizá le haya enviado a título de muestra su propia redacción de “Anatomía”, artículo que debía publicarse en el primer volumen.³² Sea como fuere, David refiere el hecho a Diderot, quien lo recibe con los brazos abiertos en el mes de septiembre:

En lo que a mí respecta, señor, le debo un agradecimiento por el artículo “Anatomía”. Utilizaré su artículo “Biso”, aquellos que David me hizo llegar de su parte y otros más que usted quiera entregarme; y no ignoro hasta qué punto su aporte beneficiará a nuestro diccionario. Estaré encantado de tener el honor de verlo en mi casa; pero permítame que yo mismo lo visite. Conversaremos más cómodos en su casa, y quiero que dicha conversación sea lo más provechosa posible para la excelencia de nuestra obra. Estaré en su casa el próximo domingo por la mañana, entre las nueve y las diez...³³

Con Jaucourt, Diderot adquiriría un fiel soldado para la *Enciclopedia*. Si ése no fue el mejor reclutamiento, fue al menos el más productivo. Si bien sólo redactó ocho artículos para el segundo volumen, su producción fue prodigiosa para los ocho últimos, publicados en 1765:³⁴ dotado de una fidelidad y de una capacidad de trabajo excepcionales, Jaucourt escribió entre un cuarto y la mitad de los artículos de los seis

³⁰ *Dictionnaire des Journaux, 1600-1789*, ed. de J. Sgard, París, Universitäts, 1991, vol. I, núm. 169; véase asimismo la reseña que le consagra A.-M. Chouillet en el *Dictionnaire des journalistes*, ed. de J. Sgard, vol. I, núm. 412, Oxford, The Voltaire Foundation, 1999.

³¹ Jean Haechler, *L'Encyclopédie de Diderot et de... Jaucourt. Essai biographique sur le chevalier Louis de Jaucourt*, París, Honoré Champion, 1995, cap. 2.

³² Es probable que Jaucourt haya enviado ese artículo antes de la publicación del primer volumen de la *Enciclopedia*, en junio de 1751. Pero era demasiado tarde, pues los artículos de anatomía y de fisiología ya habían sido asignados al médico Pierre Tarin, reclutado por el abate De Gua desde 1747.

³³ Carta de Diderot al caballero de Jaucourt [del 20 de septiembre de 1751]. *Correspondance de Diderot*, ed. de Georges Roth, París, Minuit, 1970, vol. I (1713-1757), pp. 132 y 133.

³⁴ La primera edición de la *Enciclopedia* tiene diecisiete volúmenes. Los siete primeros se publicaron desde 1751 hasta 1757. Los diez últimos se publicarán simultáneamente en 1765. Once volúmenes de láminas serán publicados entre 1762 y 1772.

volúmenes siguientes, y más del 50% de los dos últimos.³⁵ En total, más de diecisiete mil artículos³⁶ referidos a los más diversos campos: desde la botánica hasta la política, desde la historia del arte hasta la geografía, la física o la zoología. Su participación, sus vínculos con Diderot, la magnitud de sus conocimientos justifican el título que Jean Haechler ha asignado al emprendimiento: *L'Encyclopédie de Diderot et de... Jaucourt*.

Tercer reclutamiento de Diderot: el joven barón D'Holbach.³⁷ Pierre Naville señala que la relación entre ellos "es sin duda el elemento capital de la consolidación del núcleo enciclopedista".³⁸ Se desconocen las circunstancias y la fecha exacta de su primer encuentro, pero es posible situarlo alrededor de los años 1749-1750. Quizá hayan sido presentados por un amigo en común, Charles-Georges Le Roy,³⁹ colaborador de la *Enciclopedia* desde 1747 y testigo del primer matrimonio del barón en febrero de 1750. Todo este mundillo comparte las mismas ideas: son materialistas y flirtean sin reconocerlo con un ateísmo ligado a la virtud y al utilitarismo social. De todos ellos, el más convencido y perentorio es D'Holbach. La filosofía materialista se le impuso de manera casi natural debido al imperioso interés que desde temprano manifestó por toda clase de "materias". Apasionado por la mineralogía, la química, la metalurgia, la historia natural, D'Holbach ya ha leído una gran cantidad de tratados alemanes sobre nuevos procedimientos técnicos que los franceses desconocían, y cuya traducción al francés llevó a cabo.⁴⁰

Diderot comprende de inmediato la importancia de una cultura tan innovadora, directamente vinculada al proyecto enciclopédico. Recluta al barón en 1750 o 1751, y lo presenta como un nuevo colaborador de calidad en el encabezamiento del segundo volumen:

³⁵ F. A. Kafker y S. L. Kafker, "The encyclopedists as individuals", en *Studies on Voltaire*, núm. 257, 1988, pp. 175-180.

³⁶ *Ibid*, p. 177. Véase también R. N. Schwab y W. E. Rex, "Inventory of Diderot's Encyclopédie", en *Studies on Voltaire*, núm. 93, 1988, pp. 108-191.

³⁷ 1723-1789. Nacido en Edelsheim, pueblo del Palatinado; el alemán fue su primera lengua.

³⁸ Pierre Naville, *D'Holbach et la philosophie scientifique du XVIII siècle*, París, Gallimard, 1943, p. 22.

³⁹ 1723-1789. Lugarteniente de caza del parque de Versalles, Le Roy es un fino conocedor del mundo animal, tal como lo probarán sus *Lettres philosophiques sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux*, publicadas en 1762. Redactor de artículos referidos a la caza y a la agricultura, pero también de los artículos "Hombre" e "Instinto", su nombre figura en el libro de cuentas de los libreros de la *Enciclopedia* a partir de octubre de 1747. Le Roy es, por otra parte, íntimo amigo de Helvétius.

⁴⁰ Entre 1752 y 1766, alentado por Diderot y por su mentor, el químico Rouelle, D'Holbach traduce una docena de libros científicos de autores como Gotschalk, Kunckel, Wallerius, Henckel, Stahl, Lehman, etc., que abarcan campos tan diversos como el *Art de la verrerie*, la *Minéralogie*, la *Pyritologie*, e incluso un *Traité du soufre*.

Sobre todo, le debemos muchos a una persona, cuya lengua materna es el alemán y que es muy versada en las materias de Mineralogía, de Metalurgia y de Física; sobre estos diferentes temas, nos ha dado una prodigiosa multitud de artículos, muchos de los cuales se hallarán en este segundo volumen [...]. Sabemos cuán próspera es Alemania en este género; y, en consecuencia, nos atrevemos a aseverar que nuestra obra contendrá una gran cantidad de cosas interesantes y novedosas sobre esta vasta materia, que en vano buscaríamos en nuestros libros franceses.⁴¹

En total, D'Holbach proveerá para los volúmenes II a XVII cerca de 430 artículos firmados, sin contar los centenares de artículos anónimos ni su contribución al volumen de láminas referidas a la mineralogía.⁴² Diderot había acertado: el barón resultó ser uno de los colaboradores más valiosos de la *Enciclopedia*, no sólo por la cantidad y la riqueza de su trabajo, sino también por una razón que el director de la obra aún ignoraba en 1751. El barón alemán era un hombre rico, generoso y acogedor. Hará de su casa de campo, el Grandval, y, sobre todo, de su lujoso hotel de la calle Royale-Saint-Roch, lugares de reunión de intelectuales. La casa de D'Holbach recibió los nombres de "sinagoga" o "café de Europa". En realidad, será el laboratorio de la *Enciclopedia*, el sitio donde se definirán su orientación filosófica, sus elecciones ideológicas y su política. Dicho en otros términos, D'Holbach ofrecerá a Diderot, que se convertirá en su invitado permanente, todas las ventajas -sin los inconvenientes- del salón filosófico más notable de la época. Por primera vez, un hombre⁴³ oficiará de "amo de casa". Esto parece ser mucho más compatible con el gusto y las maneras de un Diderot, el cual no suele frecuentar los salones de damas.

El éxito de los filósofos también se mide, en aquel verano de 1751, en función de la apertura personal de D'Alembert y del fracaso de Réaumur en su intento de desestabilizar a su enemigo Buffon.

A la inmensa repercusión del primer volumen de la *Enciclopedia* precedió la del *Discurso preliminar*. Todos lo dicen y D'Alembert lo sabe. Eso le dio alas y una energía extraordinaria para llevar adelante la redacción de tres obras muy eruditas.⁴⁴ Aun cuando prácticamente no ha vuelto a poner los pies en la Academia de Ciencias desde mediados de julio hasta las vacaciones de septiembre,⁴⁵ se enfrenta a un trabajo

⁴¹ Citado por Pierre Naville, *op. cit.*, p. 23.

⁴² R. N. Schwab y W. E. Rex, *op. cit.*, pp. 102-108. A partir de los trabajos de John Lough, *Essays on the Encyclopédie of Diderot and d'Alembert*, Londres, Oxford University Press, 1968, Schwab y Rex calculan la existencia de unos 680 artículos no firmados por D'Holbach pero que le pertenecen.

⁴³ D'Holbach fue, junto con Helvétius, uno de los raros hombres que tuvieron un salón en el siglo XVIII. En casa de uno y de otro, las esposas tenían un papel secundario. Véase J. Hellegouarc'h, *L'Esprit de société. Cercles et "salons" parisiens au XVIII^e siècle*, París, Garnier, 2000.

⁴⁴ *PI*, I, pp. 469 y 470.

⁴⁵ Las Actas de la Academia sólo mencionan su presencia el 4 de agosto.

titánico, pero no deja de reservarse momentos para la vida mundana. El reconocimiento del mundo de las letras lo hace salir de su encierro. No sólo frecuenta asiduamente el salón de su amiga madame Du Deffand, y algunas veces el de madame de Geoffrin, sino que además se lo puede ver haciéndose el galán en casa de madame de Créqui.⁴⁶ Una seguidilla de cartas dirigidas a la marquesa permiten pensar que, en alguna medida, D'Alembert ha perdido mucho de su timidez. Lo testimonia el siguiente extracto de una carta que por desgracia no tiene fecha:

Tengo tantos envíos para hacer esta mañana que no tengo tiempo de abordar ningún tema que no sea decirle que la amo, que la adoro, que le mando un abrazo, que quisiera poder hacer más, que mi amor por usted es el tema de los temas, que es más considerable que toda la consideración de madame Dupré, más profundo que todas las ideas de Helvétius, más nuevo que las máximas de Duclos, pues no se desgastará jamás; más justo, al fin, que todo el amor de Saurin por monsieur Trudaine.⁴⁷

Ya sean declaraciones de salón o bien sentimientos reales, en todo caso revelan una alegría natural y el espíritu propio de un hombre que frecuenta ambientes mundanos. Ahora que ya es célebre, D'Alembert puede sentirse tan a gusto en la pequeña habitación que ocupa en casa de su antigua nodriza como bajo el techo de una marquesa. Además, su éxito literario le abre puertas y le brinda nuevas oportunidades. No es casual que haya sido elegido entre los amigos de Voltaire -que por entonces estaba en Berlín- para ser el nuevo censor de *Mahomet*.⁴⁸ Habiendo coronado oficialmente a Voltaire contra su rival Crébillon,⁴⁹ D'Alembert parece ser el hombre *ad hoc* para acabar con el obstáculo puesto por este último. En efecto, Crébillon, nombrado por segunda vez censor de la obra, niega nuevamente su aprobación. Hay emoción y enojo en el clan de Voltaire, el cual tenía planeado representarla algunos días más tarde. Estamos en septiembre, y el marqués

⁴⁶ Carta de Rousseau a madame de Créqui del 9 de octubre de 1751: "Sé que monsieur D'Alembert tiene el honor de hacerle la corte". *Correspondance complète* de Jean-Jacques Rousseau, ed. de R. A. Leigh, vol. II, núm. 165, Ginebra-Oxford, The Voltaire Foundation, 1965. A continuación utilizaremos la referencia "Leigh" seguida del número del volumen y de la carta.

⁴⁷ Autógrafos de la librería de la Abadía, núm. 218, 2. Esta carta podría ser fechada hacia la mitad de 1751, pues D'Alembert evoca su distribución de "ejemplares" -muy probablemente, de la *Enciclopedia*- a madame de Créqui, madame Du Deffand, Morand y La Chapelle.

⁴⁸ Esta tragedia había sido representada por primera vez en París, el 9 de agosto de 1742, pese a la opinión desfavorable de su censor. Tuvo un éxito enorme, pero causó, asimismo, un escándalo tal que Voltaire se vio obligado a cancelarla después de la tercera representación. En principio, ninguna obra podía representarse sin la autorización de un censor real.

⁴⁹ *Discurso preliminar*.

D'Argenson, estrechamente vinculado a Voltaire desde hace mucho tiempo, y además protector de D'Alembert, presiona a su hermano ministro para que nombre a un nuevo censor, *id est* D'Alembert.⁵⁰ En cuarenta y ocho horas, éste da su aprobación y la obra es representada al día siguiente, el 30 de septiembre. ¡Sustituir a un gran dramaturgo por un matemático para que oficie de censor de una tragedia de Voltaire es un hecho que no puede pasar inadvertido!⁵¹ Pero ¿qué importa? D'Alembert ha dado un golpe doble: no sólo logró imponerse un poco más en la escena literaria, sino que, al acudir en ayuda de Voltaire, se ha ganado aliados poderosos. A tal punto que, según Collé, “ahora dice en voz alta que si Crébillon quiere hacer imprimir las razones y los motivos por los cuales decidió no dar su aprobación, él mismo se encargará de refutarlos, y de establecer al mismo tiempo aquello que lo determinó a permitir la representación de esa obra”.⁵²

El resultado es fructífero: D'Alembert complació tanto al marqués D'Argenson como a los “ángeles” de Voltaire, la poderosa pareja D'Argental;⁵³ llegó a ser indispensable para madame Denis⁵⁴ y obtuvo una letra de cambio moral sobre el máximo escritor de su tiempo. Voltaire, que conoce las buenas maneras, no olvida devolver el favor en el acto: mientras concluye la redacción de *El siglo de Luis XIV*, dedica *in extremis*⁵⁵ algunas líneas de elogios a la *Enciclopedia*, rinde homenaje a “una sociedad de sabios llenos de espíritu y de luces”, y habla de una “obra enorme e inmortal”.

⁵⁰ Tal es la versión que D'Argens, desde Potsdam, da a Maupertuis el 12 de octubre de 1751 (AAC, Fondo Maupertuis, 43 J, núm. 73), la cual completa la de Charles Collé: éste afirma que el mariscal de Richelieu había propuesto al conde D'Argenson nombrar a otro censor (Charles Collé, *Journal et Mémoires sur les hommes de lettres, les ouvrages dramatiques et les événements les plus mémorables du règne de Louis XV (1748-1772)*, ed. de H. Bonhomme, 1868, Ginebra, reed. Slatkine, 1967, vol. I, p. 435). Pero Richelieu no conocía a D'Alembert, y, por lo tanto, es más probable que el mismo marqués D'Argenson haya sugerido el nombre de este último a su hermano.

⁵¹ *Journal historique, adressé à Mme de Souscarrière*, 29 de septiembre de 1751. BN, Ms. Fr. 13.711, f. 115.

⁵² Charles Collé, *Journal...*, *op. cit.*, p. 350.

⁵³ El conde Charles-Augustin de Ferriol d'Argental (1700-1788) era el amigo más íntimo de Voltaire desde su época de estudiante en el colegio Louis-le-Grand. Apasionado por el teatro, excelente crítico, se había casado en 1737 con Jeanne Bosc du Bouchet, quien compartía sus gustos. Ambos velaban celosamente por los intereses de Voltaire, y la casa de la pareja fue el centro de su red de influencia en París. Véase J. Goulemot, A. Magnan y D. Masseur, *Inventaire Voltaire*, París, Gallimard, 1995, pp. 89-93.

⁵⁴ Sobrina de Voltaire, madame Denis, 18 años menor que él, también era su amante desde 1744.

⁵⁵ *Le siècle de Louis XIV* fue publicado a fines de diciembre de 1751 en Berlín, bajo el seudónimo de M. de Francheville [trad. esp.: *El siglo de Luis XIV*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954].

Última victoria del verano: el fracaso de la réplica de Réaumur a los primeros volúmenes de la *Historia natural* de Buffon.⁵⁶ Este último había atacado con dureza al viejo príncipe de la Academia, y además lo había hecho con un desprecio intolerable. Profundamente herido, Réaumur había promovido una contraofensiva hacia aquel a quien consideraba un materialista y un ateo, en suma, un “filósofo” y no un sabio. Uno de sus fieles, el padre Lignac, oratoriano, había sido designado por él para intervenir públicamente. A fin de estar más seguro de los resultados, el propio Réaumur había participado ampliamente en la argumentación de la respuesta, y quizá también en su redacción. Las *Lettres à un Américain sur l’Histoire naturelle... de M. de Buffon* se publican sin nombre de autor en junio de 1751,⁵⁷ pero el nombre de Lignac no tarda en circular por toda la ciudad como el de quien ha escrito al dictado de Réaumur. Por mucho que este último publicite la obra y la envíe a amigos y corresponsales⁵⁸ adjuntando los elogios que según él merece, el libro no tiene el éxito esperado. Pese a ser serio y estar bien argumentado, no tiene ni el estilo ni la novedad del texto al que critica, y que tanto gusta al público. Además, le reprochan ataques de mala fe y el hecho de poner en boca de Buffon cosas que éste no dice. Maupertuis, que por entonces se apasiona por los problemas de la generación, lee atentamente las *Lettres* y concluye, sin prejuicio alguno, que la acusación a su amigo Buffon⁵⁹ es errónea. Fuera del clan de los réaumurianos convencidos, ésta es la opinión que predomina y que Raynal resume muy bien en los *Nouvelles littéraires*:

Circulan desde hace algunos días tres pequeños volúmenes de cartas en contra de los tres volúmenes [de Buffon] [...] En ellos se ataca la física, la metafísica, la astronomía y la religión de monsieur de Buffon. El crítico no tiene tanto nivel como el autor a quien ataca; pero es exacto, es claro, es instruido y tiene mucha sagacidad [...] Allí, por supuesto, usted podrá enterarse de que Buffon está casi siempre equivocado, y que si se restara su estilo y su manera, no quedaría gran cosa de su obra.⁶⁰

Como es prudente y no quiere alimentar una polémica pública que podría ser peligrosa, Buffon elige callar. Éste es el último signo de desprecio para Réaumur, que aún no termina de rumiar su rencor contra aquel rival, y, de manera más general, contra todos aquellos que desde entonces reciben el nombre de “filósofos”.

⁵⁶ *PI*, I, pp. 416-420.

⁵⁷ *Journal de la Librairie*, *op. cit.*, 17 de junio de 1751, f. 79.

⁵⁸ En particular, a los conocedores: Ch. Bonnet en Ginebra, A. Trembley en Holanda, J.-F. Séguier en Nimes, el padre Mazzoleni en Roma.

⁵⁹ Cartas de Maupertuis a La Condamine del 16 de octubre de 1751, y a Buffon del 14 de diciembre de 1751. AM de Saint-Malo, Ms. ii. 24, ff. 98 y 122.

⁶⁰ Guillaume-Thomas Raynal, *op. cit.*, vol. II, 28 de junio de 1751, pp. 73 y 74.